

mo cualquier otro de la Historia del mundo, como un *proceso*, no como un *acontecimiento*, según ha explicado él mismo en un reciente artículo posterior al libro, sobre el *Cristóbal Colón* de don Salvador de Madariaga. El *proceso* de la *presentación* de América ante el mundo dura siglos y concluye en Colón. El proceso del descubrimiento comienza más tarde y no ha concluido todavía. Carece de *acontecimientos* de grueso volumen. Todo proceso de descubrimiento es lento, aburrido, minucioso, arriesgado y paciente y en rigor no concluye nunca, trátese de lo geográfico o físico o de lo espiritual e histórico. El proceso de la conquista, pletórico de acontecimientos, comienza en Colón y acaba poco más tarde. El proceso de la Independencia comienza al mismo tiempo que la conquista naturalmente. Culmina en los acontecimientos de la guerra de la Independencia. Concluye en ellos, es decir, en esos acontecimientos se logra el éxito de la Independencia. Esta es la tesis de Arciniegas. En nombre de la Historia científica, la únicamente válida, hay poco o nada que oponerle. Los personajes que actúan en los acontecimientos, acelerando o retrasando el proceso histórico y los acontecimientos mismos, resaltan, destacándose del proceso mismo en la Historia científica cuando se relata a los niños, jóvenes y pueblos. Entonces aparecen dotados de un relieve extraordinario y casi aislados del escenario, del coro y de las causas y antecedentes, los héroes. En torno a los héroes cristaliza toda la admiración que el proceso entero con sus innumerables personajes reclamara para sí. En ellos se simboliza la suma de los esfuerzos inmensos de gran muchedumbre de gentes y los merecimientos de todos ellos juntos. En la Historia como narración, en la Historia como didáctica, como arte, no hay descripción de proceso, sino narración de acontecimientos. ¿Qué hacemos con la Historia? Investigar científicamente los procesos y los acontecimientos que se apoyan sobre los procesos para obtener elevación. ¿Qué hacemos con la Historia? Mostrarla a los jóvenes con arte, imaginación y capacidad científica y con bellas palabras, mostrándoles los acontecimientos y sus protagonistas. Creo que con esto está también conforme Arciniegas, aunque es sólo una respuesta mía, que no contradice lo que la Metodología científica de la Historia y la Didáctica o pedagogía de la Historia establecen.

Ahora bien. Esto no es tan fácil de hacer. Y Arciniegas protesta y con razón de lo mal que se hace este mostrar la Historia y hasta un cierto modo de investigar la Historia en algunas ocasiones, en ciertos lugares y en relación con ciertos acontecimientos y sus héroes. Lo que Arciniegas querría tal vez que se le contestase a su *¿Qué hacemos con la Historia?* sería esto: Volverla a escribir y no enseñarla, tan mal como lo estamos haciendo, hasta entonces.

2

Entre nosotros y la verdad histórica totalmente investigada ya o a medio investigar, se interponen nuestros *nacionalismos*. No me atrevo ni siquiera a plantear este problema en un simple artículo. Probablemente es el problema de mayor volumen, el más grave, el más imponente que se le presenta hoy al hombre civilizado. Dejémosle estar. Pero es necesario por lo menos nombrarle aquí, con respeto y a distancia como a un toro bravo. Para decir en relación con la Historia de América de habla española, que es la que en rigor interesa

sobre todo a Arciniegas, lo siguiente. Puestos en la posición en que German Arciniegas se coloca de fervoroso cultivador del método científico para emprender la busca y hallazgo de la verdad histórica es necesario excluir el nacionalismo o ponerse en una postura nacionalista circunstancialmente y sólo para combatir el nacionalismo opuesto. Arciniegas piensa que la Historia investigada por ciertos historiadores, particularmente los historiadores-académicos y los historiadores oradores, tanto los de Madrid como los de Bogotá, Buenos Aires, etc., se sienten excesivamente españolistas y por eso y sólo para eso conviene ser un poco antiespañol. Una vez que los académicos falsificadores de la Historia de América se decidan a volver al buen camino del método científico para buscar la verdad histórica, German Arciniegas y los académicos jóvenes volverán al mismo camino también. Se es americanista sólo porque hay historiadores europeizantes. Tampoco encuentro nada que reprochar a esta actitud. El método científico excluye todos los *ismos*. En cuanto esto es posible. Conformes hasta aquí.

Por mi parte proclamo como cualquier español patriota que concierte su patriotismo con el gusto de la verdad histórica, proclamo ni nacionalismo españolista que no es é en pugna con ningún americanismo ni siquiera con el de Arciniegas en cuanto éste le corrija, desapasioné un poco, quiero decir, en cuanto este no tenga que oponer su americanismo a la postura académica y arcaica, anticientífica de ciertos colegas suyos bogotanos a quienes German Arciniegas ha descrito con ironía de insuperable calidad. Por lo pronto estoy contra los historiadores académicos. Mucho más todavía que el propio Arciniegas y los historiadores de su postura, porque no quiero que las descripciones de la Historia de España promuevan el odio de los americanos y la impiedad de las gentes.

España es sólo un episodio en la Historia de América. América estaba aquí con su cultura antes de que viniera nadie del viejo mundo. La medida de esta cultura, de la parte de la misma que fué encubierta o destruida por la conquista, de la parte que se mezcló con la cultura extranjera, de la parte que sobrevive de la cultura autóctona, que lo digan los hombres de la ciencia histórica, no los nacionalistas. Todo eso se puede contar, medir, fotografiar, demostrar y contar. Porque todo ello descansa en documentos históricos.

España es sólo un episodio en la Historia de América. Todos los episodios históricos son en mayor o en menor medida *trascendentes*: por eso son episodios históricos o fenómenos o hechos históricos o como quiera llamarsele. España es un episodio trascendente en la Historia de América. ¿En qué medida? ¿Hasta cuándo? Que lo digan los hombres de la Historia como ciencia. No lo digamos los nacionalistas.

América es sólo un episodio en la Historia de España. España vivía antes de venir a América. Seguirá viviendo siempre, en su territorio o en el que las divinidades le otorguen. No se agotó en América. Ni América se agotó como América el día de la conquista. Ambas se han sobrevivido al episodio trascendente que las vió juntas y en guerra, como todas las cosas próximas o distintas.

Suelo oponer, cuando pienso en la obra de España en América, el episodio español-americano, con el árabe-español. Son profundamente diferentes. La impresión

que se obtiene leyendo la historia del pueblo árabe es que es un pueblo que se arraigó totalmente de su geografía, que se trasladó a la península y que allí murió prácticamente como pueblo. Lo que queda desde 1492 como pueblo árabe no merece la pena de figurar en la historia del mundo.

En primer lugar, es un pueblo cuya historia queda divorciada de la Geografía que le era propia. Como le ha ocurrido al pueblo judío. Por lo visto el determinismo que enlaza los fenómenos geográficos a los históricos no rige con las razas semitas. "Si nos atenemos al rigor de los hechos — dice don José Ortega Gasset en su último libro *Ideas y creencias* — lo que importa comprender es por qué un pueblo que se desplaza se detiene de pronto y se adscribe a un paisaje. Es como un hombre que avanza entre las mujeres y de pronto se queda prendido, prendado de una. Es vano acudir, como se suele, con consideraciones utilitarias que sucumben siempre entre contradicciones de los hechos. Hay que acabar por reconocer una afinidad entre el alma de un pueblo y el estilo de su paisaje. Por eso se fija aquel en este: porque le gusta. Para mí, pues, existe una relación simbólica entre nación y territorio. Los pueblos emigran en busca de su paisaje afín, que en el secreto fondo de su alma les ha sido prometido por Dios. La tierra prometida es el paisaje prometido."

España — diríamos glosando a don José Ortega — fué el paraíso o tierra prometida del pueblo árabe. Y allí se quedó para siempre. Allí murió. Como la muerte no es un episodio en la vida de un hombre o de un pueblo, sino que vida y muerte son la misma cosa, no podemos decir entonces que España es un episodio solamente en la historia de los árabes. España fue para los árabes la vida y la muerte, el paraíso prometido y la vida eterna. Porque eternamente vivirá ya el pueblo árabe dentro de la España eterna. Vive en nuestra sangre y en nuestras palabras y en nuestra cultura y en nuestra poesía. Vive con nosotros y por nosotros. Como las gentes sencillas no ven en la Historia los *procesos* sino los *acontecimientos*, las gentes sencillas españolas se han fijado curiosamente en aquel acontecimiento que se llama del suspiro del moro. Cuentan que Boabdil el Chico, último rey de Granada, lloró al divisar por última vez, al despedirse de su paraíso. Y su madre le dijo que no lloraba como un hombre. Y es verdad, que no lloraba como un hombre, porque lloraba como un pueblo. Como un pueblo que se moría y con el suspiro del moro lanzaba el postrer lamento. Las gentes del pueblo, querido amigo Arciniegas, ha oído perfectamente, mucho mejor que los Académicos de Madrid y de Bogotá, ese último lamento del moro Boabdil el Chico en el postrer acontecimiento de la historia de los árabes.

La agonía del pueblo árabe comenzó cuatro siglos antes con la conquista de Toledo por los españoles. Desde ese día tenían virtualmente perdida la guerra. Pero desde ese día, la frontera entre los españoles y los árabes fué cada vez menos una línea de fuego y cada vez más como una membrana por donde, como por medio de una membrana orgánica, se verifican fenómenos de ósmosis, se comunicaron para combinarse profundamente las esencias de la cultura española y árabe, produciéndose la fusión de las mismas lentamente. Entonces la cultura arábigo-española floreció denodada y vigorosamente. Lo que los árabes tenían que dar lo dieron entonces, fundién-